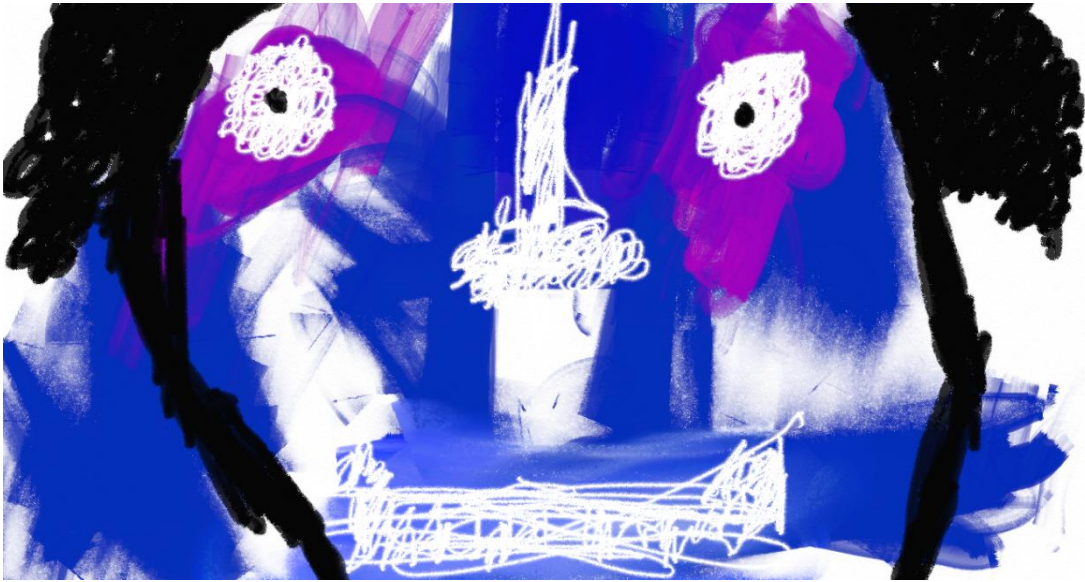


Para un niño geodésico con sus  
ojos llenos de rayos gama



**Freddy Yance**

La Casa Andrógina

Editorial Independiente

para un niño geodésico con  
sus ojos llenos de rayos gama

\*

Freddy Yance

La Casa Andrógina

Editorial Independiente

1ª edición, 2020

Ilustración de portada

Freddy Yance

Diagramación

Milagro Meleán

La Casa Andrógina

Editorial Independiente

Derechos Reservados por el Autor

*No prólogo*

*“abrocharme la berida*

*Y ser el sordo que escucha a veces un rumor lejano”*

Llegar al poema que nos envíe a la cárcel y descubrir paredes manchadas o tatuadas con versos que jamás vimos en libertad. Una ciudad ubicada dentro del polvo se abre y estalla como diamante tierno en medio de este libro.

Las fronteras del despojo nunca habían suministrado tal bullicio. Situarse en estas páginas es volver al centro de la ciudad (lo que llaman centro); y sentarse de frente al sol escuchando incesantemente “compro oro, plata y pesos” imaginando que en algún lugar no muy lejano o en Grecia alguien escribe estos poemas.

*Milagro Meleán*



nada tiene fin donde nada comienza,  
no cambia, solo agua y sol paralelos,  
intransigentes, alimentándose el uno al  
otro como dos almas  
espectacularmente vacías,  
notablemente, para destellar aún  
encinas más nobles, en la raíz que  
huérfana hilvané desnuda, creando  
anchas hojas, cimas de carbono

nada pasa en mí mientras las aves, otra  
noche más que no me encuentro,  
respirando potablemente, estirando el  
grano del mediodía como una savia en  
todo el cuerpo, mi extenso vacío  
bochornoso, que me oculta en  
distráidas melodías, al pie de lo que  
bebo cuando estoy dormido

no hay días nuevos en mi alma, para  
mi gracia destruida en la semilla de  
mango que adoro en vapores,  
porcelanas y profunda melancolía de  
arena, para lanzar mi vacío en piedras  
que rebotarían contra mi frente  
cercenada, equinoccial en mi orquídea,  
en mi oído súper hueco, amando,  
llamando lejos, en levitaciones más  
cardíacas, nictemerales



biología de la noche, para acatar el  
hábito franciscano y reunirme contigo,  
en el templo más rotundo, escapando  
de matrices gaussianas por un  
cigarrillo mentolado y las antiguas  
celadas que conocíamos de memoria,  
en el niño, en la niña, grandiosas  
pirámides de sal renovadas, donde  
nada inicia, donde es abril siempre

en la obsidiana, anhelando, como un  
valle detenido en mi tórax, impecable  
y muy solo, ultra solo, en la nada, para  
nunca en el tiempo, únicamente  
reventadas venas con plata, con  
cereales de otoño, en lugares para no  
mostrar, multitudes invisibles,  
cantando, en la ostia primera y pura  
del abeto, correspondiéndonos  
plenamente, punto por punto

donde no hay té tan lento, burbujas,  
para sanar un ser vacío de lleno, en su  
perfección equívoca, ovípara, como  
nacido después, en pleno sol, le tocará  
comer sus originales heces, en el  
mismísimo centro del muy venerado  
bosque

en el sitio dorado, esquizo de las dos  
mentes, triturando mis últimas  
palabras, orientándome hacia la  
pulcritud de una paloma, mientras el  
mes me carcome, servido en la mesa  
como una madrugada, acérrima y  
caduca, inválida, resplandeciendo en  
coros gregorianos a golpes, como si  
una oración fuera posible

para esta hora tan vacía, tan sin alma,  
donde me rodeo de espejos  
calcinados, finitos nulos, tan en el  
límite de un cuerpo que alabo, de un  
cuerpo donde no hay finales, y se nace  
solamente de la nada, un día como  
otro y porque sí, para ser escrito de  
inmediato, en lo vívido, en lo ágil, en  
lo todavía perenne, jueves de costillas  
babilónicas, después de la defensa

en el instante anaranjado, cuando  
estamos tan despiertos, intocables, que  
pensar es eufonía, guiados por las  
huellas del insomnio o el recuerdo de  
un fruto, prolongado, transparente,  
para seguir en lo que muere,  
desolación eterna, extrema, prácticas  
inhumanas

mañana mil consumida, en trance,  
para un ser muy claro, abierto,  
rebosando en ángulos tan isósceles,  
pectorales blandos, donde un  
manantial dijo, con sus animales  
suficientes, leyendas de un solo dedo,  
excavando celestiales, y quedar así no  
más, paralizado, entre tanta salvación  
envenenada

cuestionándome lo encanto, mi cabeza  
de amatista refulgente, lobotomizada  
en simondon, en fanon, en lao tse,  
música para un cilindro totalmente  
playa, bastante accesible, depreso cada  
abedul todos los martes, siguiéndome,  
como en un mundo de lluvia,  
ignorado desierto fulminante



extendiendo el cilantro, el apio, la yuca  
griega, en simbiosis con el aire, para la  
baba de una lámpara, en demasía,  
como una cerveza de berilio o  
amoniacó, explotando mi casa, mi  
tristeza, por el oro inmaterial de una  
sonrisa, leve, trastornada, en los  
columpios de la tapara que eximo  
resplandor

en la potencial hidrosfera de una nube,  
ciudades aéreas, enloqueciendo, en  
luces desbaratadas, la emoción que  
amerita, para retroceder laurel  
insepulto, coronando llameantes  
frontispicios, en el asimétrico ecuador  
de la fotosíntesis masculina

atormentado, para un rosario  
diferente, participando en la burla, que  
crece o se levanta, irradiando  
enormemente, catapultando, donde el  
mausoleo, o en el tranquilo saco de  
polietileno, sobrino de hombros, en el  
ron negro de esa hora, para fulminar  
con acordeón al nuevo ausente, en su  
propia ecuación sin igualdades, tieso,  
no posible

pacífico, insoportable, en el llanto de  
un chivo, para una explanada  
complaciente, hinduista, que libere en  
yoga, profundas ráfagas de nada,  
vacías como un nombre, en el solar  
que empieza, el hueco agigantado de la  
consciencia y misericordias vegetales,  
que redundan, que no serán leídas

el movimiento pospuesto, donde  
cierro un verde antiguo, novedoso en  
sus pares bisiestos, en su mente, de  
peces de colores, de aguas muy  
brillantes

soledad no hay dorada, errátil sendero  
de bondad, para un disparo limpio, en  
seco, como la calcomanía del nirvana  
estampada en el estudio, mi aureola  
deformada, recóndita, obsesión de  
hojas y hojas circulares, para cumplir  
conmigo, traicionándome de nuevo,  
extrañándome muchísimo, en la  
extenuada pulsación, en la enramada,  
libélulas que aterrizan

flor salvaje, novicia, flor de vaca y  
melancólicas campanadas, en la  
ebriedad del rubro, como una cantidad  
perfecta, de lugar y de espacio,  
combinados en el flexible intento, para  
dominar a ninguno, en la escolar  
mirada del recreo, bañado con jugo de  
pera, orinándome, muy yo mismo a las  
nueve y media, en el sol adelantado

en líquidas sombras, augurios,  
desoyendo casillas demasiado  
indicadas, para transformarme, con los  
pies en el agua, completamente  
desequilibrados, sordos en el trueno,  
aislándome, en el beso que me doy a  
escondidas, de diente primitivo a luna  
hipercariada



en los hipocampos del cerebelo, esfera  
de acero sobre un montón de verde,  
lúgubre, deshabitado, practicando lo  
difícil en el aceite y sus  
individualidades exageradísimas

para la vida, las costumbres, el oro  
azul de ser un poco descuadrado,  
tropezando niños en la payasada del  
desayuno, sutra del jaque mate,  
cuando nos convertimos en lo que  
más buscábamos o temíamos

la hora consagrada a un albatros, su  
espuma fulgurante, para ir y no ir  
hacia delante, oscuridad preciosa,  
estática, en la golpiza de otro  
amanecer, con todas las idealidades  
igualitas, marginando a un caballo, a  
un rebaño de hicoteas, para sentarlos a  
contemplarme alcanzando el sumo  
grado, el apeiron

los poros de un dios peludo, en el  
olvido de una jauría, como si con el  
tiempo uno pudiera ser idéntico a lo  
que ama

en la lentitud del océano, con la  
pérdida en el estómago completa,  
gusanos como delfines en el fruto,  
para dejar de regresar a una cabeza,  
tan literal, tan la misma miasma, en el  
paso de la fe al nacimiento, como un  
aborrecer prematuro

para un invierno encarnizado,  
góndolas de gasa y muchas fracciones  
desinflándose, en el aire que  
abandona, su jaula de toroide, postal  
de mi laringe, donde todo un cuerpo  
interviene, en liviandad portátil, los  
días que esperamos varias gotas, en el  
depósito transparente, vals de tubería,  
como un dragón la manguera

quién se alimenta de mi cabeza, quién  
se atraganta con la luz de mi alma, esta  
sonrisa hueca, malformada, para  
arrastrarme en taciturnas, aguadas  
mortajas como en una locura, mi  
disparate organizadísimo

con la electricidad muy débil, en el repertorio más arriesgado, ensayando una y otra vez la sorpresa, las posibles desviaciones populares, para caminar erecto, usar blue jeans y bailar como una cabra



en mi osobuco, en mi dialecto, para  
un seráfico, encendiendo magnitudes  
de nostalgia, enredaderas de sueños  
olvidados, en la madriguera tangencial,  
en su oblicua ilusión que abre, con ese  
magenta apolíneo, como entrada de  
cine, en la ciudad sagrada

la otra adolescencia, consumida en  
comerciales televisivos, en integrales  
disolutas, la verdadera intención del  
conocimiento, para incluirme en el  
año que viene, con mis ganas de  
níspero universal, con mis sandalias de  
etíope constelado

divagación, alteración, presagio, para ir  
a la horca por poesía, es vivir en un  
canto permanente, a todo motor,  
añadiendo gravedad a la mirada,  
encontrándome a diario con lo que  
era, coincidiendo en el baño, para  
llorar ondas de belleza

en evidente ignorancia, como una  
sinfonía de cocinas encendiéndose, en  
lo más cotidiano, en lo más banal,  
recibir la hipnosis de unas cuantas  
palabras muy normales, muy  
cualquieras, bastante agradecido,  
bastante enamorado

en las aulas de un cuerpo vespertino,  
recibiendo y entregando gramofónicos  
de blues, en la metamorfosis de limón  
a hoja solamente, en la milésima del  
chorro donde se cumple o no se  
cumple la proeza, como si origen  
mostrara cosas únicas en ellas, para  
reverenciar la extensión, haciendo  
hincapié en cambiar constantemente  
de género, en entrar por los dos lados

para reinventar la inocencia, en la  
destruida azotea de un espíritu, con la  
boca en el piso de san isidro y las  
cucharas muy bien de cuatro en  
cuatro, escalando hacia atrás en  
fluvialidades de misericordia, para  
acceder al menos una vez limpio, para  
degollarme como a un conejo con las  
manos de una fotografía, neptalí y mi  
padre en el patio de lola

donde comienza la comarca, para  
invadir un sitio soleado, en el dibujo a  
tiza que recorta, o con piedras, palos y  
cabuyas segmentando el espacio, el  
hogar que será, donde nacerán tus  
recuerdos, en el arca, en el matero  
inamovible, para irse captando las  
miradas, en el fruto que se desdobra  
como un mar, la lluvia entera

para verlos en la hora de meteoro,  
para entrar contigo a la cascada de la  
forma más lenta, en el signo  
indetenible que suena, acariciando la  
hierba de mi entierro, entre ustedes,  
colocando flores de invisible  
esplendor, en el efluvio de una  
infancia ilimitada, para recordar los  
nombres que invocaré en mis sueños



graciosamente y distraído como  
escribiendo una cosa muy importante  
para regresar una y otra vez  
inolvidable, adormecido en la luz de  
aquel árbol que nació con la casa,  
inmaculado

a quién le pesa mi casaca, mi solo  
bastimento, mi empotrado de calcio,  
para enterarme a esta hora de estar  
totalmente loco, de haber amado un  
alma, para un libro aniquilándome, en  
caldo para él mismo

a quién le duele mi caraota, mi doble  
dorsal espina, mi sexo desempleado,  
como un alquitrán tras otro, sin freno,  
envenenado, quizás sea mejor así,  
muerto de mí dos muertes, sin jamás  
haber olido a mirra, sin nunca que me  
ampare

en las eles generales de mayo, en mi  
pelo etíope, para una invocación  
digital, geografía muy inca sus tres  
soles, emboscando reproducciones de  
benjamín franklin

para saber que la frontera no limita  
con nada, como cayendo en cuenta, es  
el minué del toronjil en el frasco de  
mavesa, partiéndolo, el alfil de rey del  
blanco en casillas negras, como si el  
amor que siento cuando escribo sea  
padre del amor que siento por mí

qué canica no trasciende feliz el  
triangulo, qué curricán no se alborota  
antes de la tarde, antigüedades del  
niño, en la suma teatral de los diez  
dedos, para no rozar siquiera la fatal  
raya, en el día singular de la llovizna,  
en el angostísimo agosto

para mirar de lejos a un caballo en el  
páramo, para robar fresas en el patio  
de Auricia, cuando mirábamos la vida  
como algo impensable sin nosotros,  
sin todos ellos, quién lanza ahora  
aquellas metras, quién cree que el otro  
mes es demasiado

para volver a Belén, con solo pedir la  
hora, bajando la terminal llovida, con  
sus ojos claros al fondo de la  
montaña, como un secreto, en la  
oscuridad de un viaducto, para gritar  
tu nombre y saltar sobre las piedras,  
como si salir en los periódicos dijera  
algo



en el cementerio de san sebastián, con  
mi reluciente y muy bien organizado  
traje de scout, para adormecerme en  
los muros, en las blancas largas medias  
de una payasita, como si llegar de  
nuevo, en la misma madrugada las  
mismas tres centellas

en el categórico pocillo prenupcial,  
para darle una familia a la cuadra,  
ejecutando sobriedades insólitas, en el  
hipopótamo de los segundos  
rectangulares, casi emergiendo en  
pepitas de rosario y mucha selva, para  
dilatar de uno a uno el epicentro,  
colmado franjas, como de un  
abastecer longitudes, en la piel de  
gallina de un domingo

para sonar perfecto, como después de  
melodía de abedul, de abedul árabe, en  
el otoño del subsuelo, como  
queriéndome poner muy salvaje, en la  
derruida crisálida del glande, para  
bombear toneladas de cemento, a  
fuerza de soles hipersensibles, en la  
delgada tristeza de un cuerpo, qué  
verticalidad tan acostada, qué símbolo  
de entrada tan salida

obviando rebeldías de menor grado,  
para ir par a par con el obispo, en la  
carrera de caballos, para no terminar  
conmigo, en las llamas del verano,  
como sobrecontrolando el discurso,  
en el inyectado de naranjas vocablo,  
escanciando novísimas misericordias,  
color de seis bosques juntos, acuarela  
que derrama, triunfal, enigmática

en el granito donde el sol escucha, en  
el catecismo sexual de los que hablan,  
en la mirada de quien ha sufrido y solo  
desea hallar en su pecho el golpe de  
un mar que lo derribe, para entrar en  
comunicación, como si estuviera solo

en la epilepsia protestante de la  
mentira, en la diarrea católica,  
abnegada, confundida mirada de  
torcaza o remolino, para acceder de  
lleno en las lunas, aumentando el tallo  
más lógico, haciendo footing por las  
tardes

como si nueva luz me poseyera, como  
si la entidad que espío se alejara, para  
entrar en contacto con lo puro, en la  
redonda tapa del refresco, hinchando  
el nivel de la tragedia, en la cumbre  
escandinava, como si lo que he dejado  
en los años, para no tener que nada en  
los cristales, arrecife sobresaltado

en la embajada de un semeruco, como  
en un cacure de ventanas, para bailar  
de nuevo entre leones, como  
alcanzando la meta de un paquidermo,  
en el decollage que hizo la viruela,  
relámpagos solares, para que la  
imaginación se multiplique, en  
solidarias onzas celofán, en trípticos  
amnésicos que brillan



en la disposición escarlata de los  
pilares, estrangulados sonriendo en  
autobús, como si realmente el cuerpo  
estuviera tan lleno, en el revisado  
quejido que enrarece, dentro del  
umbral más fresco del solazo, oyendo  
que mataron a tres esta mañana, como  
si en cada palabra no viajara el  
absoluto misterio de nosotros

para pasar el rato de la vida, para no  
ser tan exactos como cristo, en la  
frente azul de los planetas, cuando la  
concavidad se detiene, en las afueras  
del inmanente mecanismo de los aros,  
recóndita, inexorable, cardúmenes de  
luces muy delgadas, que parecen  
esculpirse por sí solas, en coronas de  
sangre o gasolina, en cadáveres que  
veo a cualquier hora

en el instante hebreo de los perfumes,  
para entrar en zaragoza como un lilo,  
es el cosmos natural de mi comienzo,  
para diluir en agua de violonchelos, o  
en vísperas de los siglos de abril, como  
si todo el aire no bastara, rechazando  
el dictamen de vestirnos, con nácar o  
con jugo de frambuesa, en un platanal  
alejadísimo, mascando muy encantado  
cebolla en rama

como en un fondo lúgubre,  
escribiendo testamentos en la sombra,  
hasta la antártida, en los pulcros  
glaciares de la arcilla, para una  
sabiduría que me supere, con solo  
decir a en primer grado, inundaría  
conmigo nasales pozos, desbordando  
perfecciones que no sirvieron,  
frenético, en el tren que nos sacó de  
colorado

en el inclemente meridiano del sismo,  
conduciendo las grandes poleas  
oculares, en la sangre que brota del  
retrato, chispas, para un cortocircuito  
que embebe, las mismas coordenadas  
del incienso, como un hospicio  
centrado

en mi hecatombe de puerta mal  
cerrada, deduciendo el paralelogramo  
en tuercas, o separando con aserrín las  
huellas de una gandola, en línea con el  
sol, en la hora concebida, como si  
nada tuviera significado, como si nada  
tuviera, como si nada

en el cálculo nebuloso, en la ola  
apresurada que se enreda y se  
desploma, para volver mañana hecho  
vida, en la puntual idiosincrasia de las  
isoras, que almacenan miel en sus  
pulmones, aires que encienden,  
girando en un cabestro casi egipcio,  
como si mil estrellas me habitaran,  
lejos de la multitud, adentro de ella

en el análisis socrático del juego de los  
yankees, para entender lo que fuimos  
en la espora, en el meteoro  
homogéneo del principio, en el verbo  
de un aliento deshabitado



como quien ensaya una sonrisa en los  
ojos del abismo, o lo inmenso, para  
disolver mis setenta kilos de polen, en  
la frágil hortaliza que devora, válvulas  
de potencial, espumeantes, ascensión  
del destino

para tirar los dados por la casa, en la  
conmoción menstrual, en el río que  
retarda las pulsaciones más sencillas,  
días de tronco álgido, rupestre, dando  
vueltas universales, exagerándolo  
todo, hasta la fe, en el malecón  
terriblemente solo con mi parasol lleno  
de viernes, estupefacto

dónde resume mi cañada, en qué  
eslabón perdí mi carretera, para gozar  
de nuevo lo que en el alma, como  
tamizando estratosferas muy griegas,  
para traducir a fanal mi disco duro, en  
el cómputo salvaje que me hechizaba,  
lo que en el cuerpo, y toda la cadencia  
de dos mares, divirtiéndose lejos de la  
música, como electrones

en qué termina lo que no empieza, o  
sirve de algo oler bien en la bolsa  
negra, en la tierra que se abre y no  
resplandece ni una gota, en dónde el  
sueño ingobernable, en dónde el afán  
de hacer todo al mismo tiempo

si al final la marea te desagrada, y  
sumas equis a tu lista lo grandioso y lo  
invulnerable, simplificando todo lo  
que se te ocurre, en mi tepuy  
plenipotenciario, y si fuera cierto que  
hay dos mitades, sueltas, parecidas,  
chocando una y otra vez con el  
anverso de goliath, trapecios de  
aguacate

en el ovillo de la hora que nace, como  
en un manantial de servilletas, para  
implementar toninas en el despojo, en  
el tacto submarino, en la alcoba de un  
centauro, haciendo uso de las  
esquinas, de uno a uno en beatitud,  
santificando al pato, a su sonrisa y a su  
paraguas, es soltar el bisturí serrano,  
en el estanque de los días más  
trompeta, arcángeles minerales

en la soslayada arquitectura de un  
tomate, como quien descubre el trama  
de la luz, en las fauces de un amor  
circadiano, en los belfos de un amor  
muy cornisa, para tartamudear la  
cosecante, la glosa abstemia, como  
rotaciones incesantes, en el eje vertical  
del mediodía, troncos celestes  
desplomados, por tanta combustión  
fuera de tiempo

pleno dominio, con los dos cerebros  
muy malos, como destapado, en el  
desquicio máximo de mi ensalada,  
para otorgar los cinturones, en el nivel  
más absuelto del cielorraso, como si  
entendiera, reinstalando el órgano  
preciso, para una serenata en malibu, a  
lo largo y ancho de dos copas, donde  
fundan las regiones sus persianas



en las genealogías de la precariedad, o  
tan solo un segundo que sobresalga,  
que se levante insumiso, con toda su  
indefensión de muñequita, hundiendo  
hasta los tuénanos en la melaza

en la oquedad fisiológica, ahondando,  
en lo tibio de una circunferencia  
salada, tridimensional, como si fuera a  
morir, como si ambas se me  
presentaran muy diferentes, de lo  
espeso a lo ácido, para anotar con  
precisión, los procesos catatónicos,  
antihigiénicos, que deambulan en el  
trigo y el esófago, como trapecistas

consumiendo lentamente cada  
instante, pesado hueco de tiempo, me  
reitero, en la cúspide sensacional de  
mi alboroto

en mi hemoglobina de pandemia, con  
mis siete triglicéridos muy bajos,  
tocando el cielo, la diarrea, para intuir  
lo máspreciado, como tumbos de  
carbón, paralelepípedo de poca  
intensidad, nadando mucho,

como si aún, todo un grandísimo aún  
que exige, acorazado en la redondez  
aparatoso de sus girasoles para  
repetirse que no oxida, para  
consagrarse al pergamino, como  
reiterando un zigzag acribillado, en la  
ebriedad sin fin de la memoria

como adormidera para un desierto, en  
el mismísimo sueño del gran mar,  
cuando no hay más potencia, a quién  
le moja mi convexo, si se dilataron, en  
el ovillo que dorado veíamos,  
amanecer muy recostado, en uno u  
otro ojo izquierdo, extendiendo los  
dedos hasta el prado, como abriendo  
antiguas habitaciones en el horizonte

quién vive entre luces, devorando  
vocablos camaleónicos, como  
insinuando, en la víspera, rotundo,  
transponiendo a frescos aristotélicos,  
aguas de retina muy unísona, muy de  
pocas eses, en el precario bombillo,  
que expulsa diagonal una pestaña

en mis nocturnas ganas de cigarro,  
cadavérico, pernoctando los atavíos,  
como si en mí resoplara una bestia,  
enmudecida, muriendo en mis sueños  
malogrados



para reencontrarme, en espejismos  
que me llevan a la programación vacía,  
al calendario paranoico del florestero,  
como si una amapola me sobreviviera  
en el ámbito, y quizás yo sea mis  
palabras, para llegar a mí directamente,  
para oír lo que pensé mientras nacía,  
en el momento del carbón sobre la  
forma, en el momento del anillo en las  
dos manos

como si hubiera perdido demasiadas  
cosas, imágenes, como si el éter se  
borrara cada tanto, como si solo me  
quedara esta vía, como si yo y mi  
enemigo hubiéramos triunfado  
matándonos el uno al otro, como si  
realmente este fuera el final, como si  
en medio del abismo estuviera sola mi  
voz, mi voz de mujer eliminada

en la inmediatez de lo claro, bajo su  
misma groenlandia, como si una  
canción, como si un volcán, para el  
membrete que separa, como un  
velorio, esa infancia rarísima de los  
parques, que no termina nunca, que  
nunca empieza

es un osario de mariposas, de pétalos,  
en la hora que diverge, meditación de  
nombre de árbol, enterrado, vestidos  
de noche para la mañana más soleada,  
en los huecos de betulio, en los  
huecos del chiquinquirá, un cuerpo  
solamente, en el fondo del espíritu,  
como un espermatozoide con el  
colesterol muy alto

como algo cayendo, rompiéndose, tan  
solo partes de un sol ennegrecido,  
para sembrar mohos en los babosos  
roquedales, donde revive el parasol  
ensimismado, rodeado de taciturnos  
manuscritos muy radiantes, en la  
imposible tarea de ocultarse, como  
siete desquicios de ornamento, para  
mantener todo en orden, castellano

como entregándolo todo, a la  
adopción del tiempo, al vacío solar,  
como si yo y el espacio, alejándome de  
lo entendido, desafiando al que  
despierta, muy neurálgico en mis  
rituales

en la hora del pozo, por ejemplo,  
cuando el agua que soy en mi bañera  
se derrama en mi alma como en los  
hoyos de mis franelas, y creo que  
tiemblo muy adentro, mientras afuera  
los pájaros me espantan, con sus casas  
gigantes, vaivén de lago alto

cuando comienzo a postularme, para  
cebolla de cabeza, en esta rara angustia  
que me da risa, soberana, como si en  
mi raíz viviera el mundo, lo  
desbocado, insuperable necesidad de  
camino que se torna transparente, al  
igual que nosotros, para divisar que  
algo ha nacido muy sano, en la  
precariedad del agua, como un  
resplandor agudo, finísimo



para acceder en lentitud, pacífico,  
como después de muchos años, de  
muchas puertas, con todo el farol del  
bosque en mi cima, tan antiguo como  
el presente, para no dejar nada atrás,  
para llevar todo conmigo, en mí, el  
vocablo asirio de lo pensado, un  
puñado de arena que fue sol antes que  
azufre, plenitud de hortaliza  
consagrada

como amando, como dando brincos,  
para acariciar su alma, en el silencio que  
adquiere lo mental, lo no enseñado,  
como si en estrella habitara todo el  
cielo, con sus raíces que se extrañan,  
indudablemente, impecablemente,  
para alcanzar, la mercancía que  
envuelta en sal pronosticamos,  
preparatoria, muslos de abedul y  
grandes carteles de extravío

en el mundo más cercano, en mi lobo,  
para distanciarme del halógeno, como  
incipiente o sola testaruda catarata,  
porque creo en mí, incluso ahora,  
cuando entran apuros en mi  
metabolismo de poste, el sol no sabe  
donde estoy, me distraigo mucho  
tiempo desnudo en mi sonrisa

colores para quedar sordo, a ti no te  
da frío el calor, el vallenato de lord  
byron, para que vayamos  
entendiéndonos, de donde vengo no  
hay entrada, solo islas con fotografías  
muy que hablaron, muy que se  
llenaron ellas solas

qué es dormir cuando soñamos, para  
que traigas en ti tantos espejos, y aún  
la tranquilidad de un vientre muy  
rústico, es el mismo tetraedro que  
predicas, a las etnias solares, al heno,  
como receptáculos que violan  
termodinámicas

cuando abren la boca y se tragan, el  
con y el sin, totales, mas la  
purificación no acata, ruinas de un  
solo punto de arena, tan destrozadas,  
en la célula crían otra forma de luz,  
vegetaciones que detallan cuando  
gimen, ellas dos

quién nace cuando hablo,  
manifestándome sus eunucos, su linda  
hipocresía deshabitada, en el sur, para  
ser calor los miércoles, en el incienso  
de un jazmín muy perturbado, como  
los kilos, la grasa entera que solidifica,  
espuma en pedrada, y silbando, un  
sortilegio del congo, de las burras,  
para cargar con algo más que agua, en  
las trenzas continentales

en la trastornada atmosfera, como  
repicando en los orificios de la  
pirámide, para llegar al sarcófago de  
mi novia, en el metro, a las dos de las  
dos tardes, como adquiriendo bondad  
o alas, en el destellar incesante de los  
golpes, como entrando de lleno al  
mundo, donde no hay mundo, para  
liberar mi alma



como si un yugo, como si un yunque,  
en los maxilares de la alfombra,  
agitando notables, semitas mieles,  
retroalimentando al sol con palabras,  
para sospechar que hay ilusiones muy  
duraderas, efemérides de helio, en el  
brillo que encarcela, las cinco  
dimensiones de la hoja

hace tiempo no sé nada de mi alma, ni  
de vietnam, solo una turbia,  
inmerecida voz caudal, hiriéndose,  
besándome, la casona enjaulada en el  
vacío de mi cuerpo, como una loba,  
para reiniciar el film de una tarde  
apacible, todos los veranos juntos,  
como entrando muy levemente, a los  
parajes más brillantes del bautizo, el  
ángulo que la kodak no devuelve

accediendo a longevidades más  
neutras, detenida, en la sombra lunar  
de sus dos senos, como orquídeas  
alcatraces, que redundan, repetidas en  
mi alma, con las cinco lenguas  
vegetales, agigantadas sagradas  
escrituras, que son mujer feroz,  
intransigente, desnuda, en la palma de  
sus manos, temblando, como tiembla  
lo invencible

para encender ébanos, en el  
resplandor amarillo de lo verde,  
estatua viviente de un bosque, como  
líneas de mar, en la decente morada  
azucena, en la salamandra egipcia,  
como un fuego muy tranquilo,  
orgullosa, para gritar su rostro en los  
adentros, tornasol oscuro  
infinitamente claro

encontraría nuevamente mi rebuzno,  
solar, aclimatado, en la sabana de un  
peciolo al aire loco, socavando mi  
antigua amalgama, mi coral  
desnutrido, en los puestos resaltados  
con neón, para un mundo reducido en  
círculos, bocado tras bocado, como  
penetrando la oscuridad de una u otra  
forma, en uno mismo, sin arreglarse  
las uñas

noche hipocondriaca, vocal celeste,  
desnuda que sonreíste anaranjado,  
grandes franjas de heno y mucho  
carbón vulgar, diferenciado, en la  
derivada herciana del absoluto, como  
poniendo frente a mí lo más borroso,  
la entrada

para perder el principio y el final de  
una bella mañana, gloriosa en sus  
cinco direcciones, extendiéndome en  
la onda que abarca su heliopausa, eón  
de caico, plural colibrí, para un niño  
geodésico con sus ojos llenos de rayos  
gama

nada tiene fin



Este libro ha sido  
realizado en formato  
digital en los días de  
junio del año 2020  
por el equipo  
editorial de La Casa  
Andrógina en la  
Ciudad de  
Maracaibo,  
Venezuela.